ño IX — Barcelona 24 de Julio de 1912 — Epoca 4.ª—Número 119

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . » 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

El 26 de julio

Tres años hará el día 26 que Cataluña reasumió el general sentir del proletariado español lanzando airadamente el grito más humano que registra la historia.

Ni la tremenda represión que siguió a la gloriosa semana revolucionaria, ni la reconstrucción de las iglesias quemadas, ni los fusilamientos de Baró, Malet, Hoyos, García y Ferrer, ni el buen número de amigos y compañeros que aun purgan en los presidios su amor a la santa causa de la libertad, han sido suficientes para apagar el odio que el pueblo siente hacia la guerra.

Buena prueba de cuanto decimos fué el grandioso movimiento internacional realizado en el mes de agosto del año pasado, para evitar la guerra que entonces se anunciaba.

La protesta contra la guerra iniciada en Barcelona al amanecer del día 26 de julio de 1909 y secundada a las pocas horas en todo Cataluña, fué un movimiento que tuvo su génesis y desarrollo en los centros obreros genuinamente sindicalistas, sin directores, libre de órdenes emanadas de aquí y de allá, con la espontaneidad de los hombres que han llegado a tener conocimiento, ideas propias, sin que interviniera absolutamente ningún partido político, y *mucho menos el radical*, cuyos jefes, ante la representación obrera catalana, habían sido pocos días antes declarados enemigos de los trabajadores asociados.

Y aludimos marcadamente al partido radical, porque éste, como tal partido, ha venido explotando el triunfo de aquellos sucesos, como hubiera explotado en septiembre último la huelga general si se hubiera producido.

Hemos de afirmar, sin embargo, que los obreros que pertenecían a los partidos republicanos lucharon como buenos y *con demasiada honradez*.

La fecha del 26 de julio de 1909 no puede ser olvidada por los trabajadores que en algo estimen su derecho y su personalidad. Cuantos en su pecho sientan latir los sagrados principios del derecho humano, no pueden menos que regocijarse del grandioso espectáculo de un pueblo que con heroica abnegación y oportunidad recogió el general sentir de la clase más tiranizada, demostrando que ha dejado de ser el rebaño que se mueve solo a impulsos de la voluntad de su dueño y señor y sacando la consoladora enseñanza de que los pueblos sólo son grandes cuando saben sacudir el yugo de sus tiranos.

La semana que la historia ha calificado de gloriosa, forma hermoso *pendant* con el no menos hecho glorioso de los comunalistas de París, al decretar que fuera derribada la columna Vendôme, por ser un monumento de barbarie, un símbolo de fuerza bruta y de falsa gloria, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional y un atentado perpetuo a uno de los tres grandes principios de la revolución francesa: la fraternidad.

Los comunalistas parisienses quisieron borrar el odio entre los vencedores y los vencidos en las guerras; los sindicalistas y los anarquistas quisieran borrar hasta el recuerdo de la guerra. Ambos hechos gloriosos han de influir grandemente en la marcha progresiva de la humanidad.

Al rememorar los hechos de la semana de julio no es nuestro objeto hacer de ellos una efemérides más. Pretendemos que cuando nuestra conciencia, segura de sí misma, ilumine nuestra mente y nos enseñe el modo de proceder en determinada cuestión, no esperemos la orden de jefe alguno. Obremos nosotros mismos individual o colectivamente, pero guiados únicamente por la razón que nos dicte. De este modo seremos dueños de nosotros, que si para la acción esperamos la orden y la guía de los jefes, esta nos faltará en el momento oportuno o será interesada; que es por medio de la acción como las minorías conscientes pueden despertar el sentimiento de independencia y el soplo de audacia, sin el cual ninguna revolución puede cumplirse.

No puede haber jefes y caudillos más que en las revoluciones políticas, en las que solo se trata de escalar el poder, para continuar el actual régimen de iniquidad social.

Dice Kropotkine que cuando los arrivistas políticos, burgueses y obreros, hablan contra las insurrecciones populares, so pretesto de que son *inconscientes*, debe se a que nada les repugna tanto como el pueblo en la calle.»

¡Quién había de decir que esta verdad, dicha por el maestro en estas columnas en julio del año anterior, había de ser confirmada en el mes de septiembre del mismo año por el jefe de un partido que, para baldón de la revolución se llama revolucionario!

Para retener a los revolucionarios populares—dice el maestro,—les lanzaron esa palabra cobarde, jesuítica y traidora: «¡No hagáis movimientos inconscientes!» con la cual tratan actualmente de conducir a los proletarios revolucionarios de los países latinos.

La revolución de julio de 1909, por lo que tuvo de antimilitarista, fué un paso gigantesco hacia la revolución social, pues hacia ella abrió nuevos senderos demostrando la vitalidad del proletariado, tanto para destruir la actual sociedad como para organizar la futura, que así como los grandes inventos son producto de estudios realizados anteriormente y resumen de muchos esfuerzos, la revolución social triunfante será el resultado de muchas revoluciones más o menos afortunadas, pero todas eficaces para la emancipación de la humanidad. Aquella explosión del pueblo, que más tarde fue aplaudida por los que no llegaron a tiempo para impedirla, después de vencida en su parte material fué objeto de una sangrienta represión. El Estado, siempre torpe y cruel, mató y encarceló a los hombres, haciéndose la ilusión de que mataba y encarcelaba las ideas. ¡Vano empeño! Con su crueldad sólo consiguió que se pusiera en descubierto lo frágil de la base en que se apoya, y que la intelectualidad universal demostrara sus simpatías a los revolucionarios, precisamente por su carácter de antimilitaristas, por su respeto a la personalidad humana durante los días en que fué dueño de sus destinos.

Y su mayor triunfo, fué ese. Que en tanto que el gobierno se ensañaba con los rebeldes, el mundo entero los aclamaba como precursores de la paz universal, llenando de ridículo a los que forman el famoso tribunal de La Haya, pues en una semana se hizo más contra la guerra que durante años en Congresos y conferencias de soberanos.

Y al dedicar un recuerdo a los que murieron en la contienda, a los fusilados después de ella y a los que aun vegetan en los presidios, felicitémonos de que los entusiasmos de aquella epopeya existan latentes y dispuestos al sacrificio por la causa del Bien, de la Justicia y de la Libertad.

El brazo emancipador

El brazo del hombre ha sido uno de los principales factores en la lucha por la existencia. El brazo ha realizado las ideas y ha transformado los pueblos y las cosas.

Con la ayuda de sus brazos el hombre construyó instrumentos que le sirvieron para defenderse de las fieras.

Del impulso más o menos fuerte del brazo han dependido las victorias o las derrotas, los éxitos o los fracasos de las obras, de las guerras, de las revoluciones.

El brazo es, pues, el primer representante de la fuerza física que se impone sobre todo, que produce grandes convulsiones, creador de violencias y cambios bruscos, que se transforman en revoluciones o explosiones de la materia.

El brazo es una fuerza positiva que lo mismo sirve para crear que para destruir; obedece ciegamente las órdenes del cerebro, y otras de la pasión.

Entre estos dos gigantes humanos (el cerebro y la pasión) existe una lucha terrible y desigual. El cerebro generalmente pierde las batallas, por contar la pasión con su valiosa aliada, la ignorancia.

Debemos, pues, descartar la pasión de la lucha emancipadora, dejando que el brazo y el cerebro se encarguen de hacer triunfar a la verdad y a la justicia.

El brazo muchas veces está mal guiado. La mayoría de los brazos no luchan para la buena causa. Los papas, los emperadores, los reyes, los señores feudales, los burgueses, los tiranos de todos los tiempos se han valido de los brazos proletarios para defender sus causas, sus caprichos, sus ambiciones. La pasión ha sido siempre el estimulante que ha dado mejores resultados para los tiranos. La pasión por la patria; la pasión por la raza; la pasión por dios; la pasión por un rey, por un general, por un gobernante, ha sido siempre el generador de la acción de los brazos.

La causa de esta ofuscación débese a que el cerebro no ha sido considerado como uno de los principales factores de la vida, imperando el sentimiento sobre las cosas, estacionando al hombre en un estado embrionario, siendo su progreso tan superficial, que nos hace creer que la humanidad no ha hecho todavía ningún esfuerzo real para emanciparse.

Necesita, pues, el hombre de su brazo para romper las cadenas, para destruir la opresión y el privilegio que pesa sobre él desde los tiempos prehistóricos.

Los tiranos se sirven de la violencia para afianzar lo que ellos llaman moral religiosa, orden social, derecho privado. Para defenderse de la acción revolucionaria, los gobernantes se abastecen de cañones, fusiles, bayonetas, plomo y pólvora. Estos instrumentos y la combinación química producen resultados maravillosos cuando se trata de aplicarlos contra las masas del pueblo. En un segundo que vomiten metralla los cañones y fusiles destruyen miles de vidas y se limpia el camino de la tiranía.

Las tropas versallesas destruyeron en París cerca de 30,000 comunalistas, en el intervalo de pocas horas. Los ejércitos han ametrallado miles de rebeldes en las calles de Milán, Argentina, Petersburgo, Budapest, etc., con la facilidad que una tempestad arrasa en un momento un campo lleno de robustos árboles y plantas. El hierro y la pólvora han sido empleados a diestro y siniestro para asegurar la tranquilidad de los tiranos.

Pero el pueblo es cándido y poco luchador; es más ignorante que cobarde. Sacrifica sus vidas porque es más generoso que guerrero; prefiere perder las batallas que vencer con su fuerza arrolladora. Teme los resultados de su acción revolucionaria y deja que el enemigo triunfe y que la tiranía quede asegurada.

El estoicismo encuentra todavía partidarios; la sangre derramada por los esclavos no hará ni santos ni apóstoles; dejará que continúe el despotismo de los necios y cobardes.

Preparemos los oprimidos una acción general: combinemos las substancias positivas y negativas, aprendamos a manejar los instrumentos que la física ha inventado para producir fuerzas más maravillosas y destructivas que las que nuestros verdugos emplean. Hay algo más terrible que los cañones, que los fusiles, que la pólvora.

Con la ayuda de nuestros cerebros y de nuestros brazos podremos defendernos de nuestros enemigos, si realmente queremos ser verdaderos luchadores. No nos impacientemos, no seamos prematuros en un movimiento cuando no estemos debidamente preparados. Laboremos todos los revolucionarios, todos aquellos hombres de acción, para armarnos debidamente, estudiando las posiciones de nuestros enemigos, para poder aplastarlos y hacer triunfar nuestra causa, la causa del bien, de la libertad, de la justicia.

Los esclavos de hoy tienen más oportunidad que nunca para hacerse fuertes e invencibles. Las bibliotecas científicas están abiertas para nosotros, las librerías están repletas de libros económicos que pueden instruirnos y enseñarnos el modo de triunfar contra la fuerza armada.

Los mineros conocen las substancias que se emplean para remover las entrañas de la tierra por medio de terribles explosiones, los mecánicos saben y pueden construir instrumentos de gran precisión y de gigantesca fuerza.

Hagamos, pues, obra puramente revolucionaria, destruyendo la tiranía para que la evolución continúe su marcha a través de los cerebros y pueda llegar la realización de la sociedad libre e igualitaria.

No seamos histéricos o excitados cuando vayamos a la lucha. Movamos nuestros brazos con seguridad y con precisión, dejando que el producto de nuestros estudios y de nuestra inteligencia supere a la fuerza organizada de nuestros tiranos.

Ayudemos todos los verdaderos revolucionarios a la obra destructiva de la actual sociedad, para crear sobre sus escombros el ideal emancipador de la libertad, de la anarquía.

F. E.

(De *Brazo y Cerebro*).

Los enervadores

La Humanidad camina hacia su perfección. El anhelo constante, ininterrumpido de todo sér pensante, es el de alcanzar, en un lapso de tiempo lo más reducido posible, su completa emancipación, su más absoluta manumisión. Esto es natural. Es obvio. Está de más, consiguientemente, el mentarlo. Está, como quien dice, en la conciencia de todo aquel que de sér racional se precie.

Desde el instante mismo en que el sér humano consiguió desprenderse de la contextura animal de que durante larguísimo tiempo estuvo revestido, empezó a darse cuenta de su elevada misión en la tierra. Tan pronto como en su inculto, aletargado cerebro fueron obteniendo fácil acogida las distintas ideas, las múltiples concepciones de la realidad de la vida, dióse a pensar en la elevada misión que la naturaleza le tenía asignada para el transcurso de su existencia en el planeta que le cupo en suerte morar. Hemos hablado del instante en que el sér humano consiguió desprenderse para siempre de la tremenda caparazón de la bestialidad, que le hacía de difícil, si no de imposible diferenciación entre los demás seres integrantes de la escala zoológica.

Y fácil nos ha de ser, por consiguiente, el darnos precisa cuenta del enorme, del incalculable esfuerzo que han tenido necesidad de realizar las innúmeras generaciones de semejantes nuestros, para legarnos el relativo estado de esplendor y de perfección social en que nos hallamos en el momento histórico presente.

Porque no olvidemos la tremenda farsa religiosa. No olvidemos por un momento que la concepción del mundo que habitamos, según los irrefutables alegatos y designios de la Ciencia moderna, es completamente distinta a la falaz, a la absurda que han querido hacernos tragar las múltiples religiones que, para desdicha de la Humanidad—a la par que para eterno baldón de los miserables engendradores de aquéllas—han sido en el mundo.

Teniendo en cuenta lo tremendamente absurdas que han sido todas las religiones creadas por la imbecilidad humana, y teniendo también presente la clarividente lógica de que se hallan revestidas las concepciones eminentemente científicas de la Sociología moderna—de esa soberana rama de la Ciencia, a la que algunos espíritus profundamente misérrimos, y no menos intensamente misoneístas, han osado despojar de su excelsa y limpida aureola científica—, no podemos menos de darnos cuenta de la fecundísima labor realizada por el intelecto humano, al través de las edades de la Humanidad, en su incesante elaboración de ideas, en su eterno bullir hacia fórmas nuevas de regímenes sociales, en una palabra, en su constante batallar por la realización de lo que un gran pensador contemporáneo llama, con una exactísima expresión ideológica y literaria, «la socialización de la Naturaleza.»

Labor eminentemente humana ha sido la realizada por nuestros antecesores. Empresa de titanes. Esfuerzo colosal. Conciencia de la realidad de la vida. Encarnación del deber social. Empeño denodado por llevar a feliz término el cumplimiento de este deber. Y todo ello, indudablemente, fruto de la cultura. ¡Bendita seas, ¡oh!, cultura! Tú nos redimirás. Tú conseguirás que la Justicia, ausente hasta ahora de los humanos lares, tienda su manto soberano y extienda su inmarcesible poderío por todos los ámbitos del mundo habitado por seres pensantes, — por estos míseros seres que, teniendo en su mano todo lo necesario para un rápido y definitivo entronizamiento de tu augusta soberanía en todas las manifestaciones de la vida social, no han podido hacerlo, por haberlos tenido completamente invalidados para la realización de tan magna empresa, el cúmulo de absurdos prejuicios que durante siglos y siglos de iguominiosa esclavitud han aherrojado su cerebro, su conciencia y su voluntad, impidiendo el regular funcionamiento de estas tres sublimes energías, por cuya virtud había de alcanzar algún día el género humano su exacta, su fiel, su absoluta redención.

Pero no divaguemos...

Decíamos que parécenos es de ley natural la tendencia del género humano hacia su emancipación. Esta es nuestra inmediata deducción del ambiente social en que nos debatimos. Fruto es esta deducción, como es natural, de los hechos circundantes. Es el aroma que exhala la que, algo enfáticamente, es cierto, podemos llamar vegetación de la vida universal contemporánea. ¡Perfección, incesante perfección, perfección eterna! Nadie osará negar que este es el íntimo anhelo del sér humano de nuestros días. Y si esta es la aspiración, individualmente considerada, del hombre, del ciudadano moderno, lógico es, a nuestro juicio, aseverar que esta misma aspiración late intensamente en lo más profundo de la incipiente conciencia colectiva, de esa conciencia social que comienza a germinar en el cerebro y en el corazón de los hombres que, sintiéndose libres, y, al propio tiempo profundamente avergonzados por el infamante papel que durante tanto tiempo ha venido desempeñando el sér llamado pensante, en la gran farsa social, quieren cooperar, en la medida de sus fuerzas, en la grandiosa obra de la más rápida implantación del reinado de la Justicia social entre todos los séres componentes de la gran familia humana.

Pero, triste es tener que confesarlo, no faltan individuos que, perteneciendo al gran ejército del proletariado, que es como decir—¡tantas veces lo hemos repetido!—que, siendo los creadores de la inmensa riqueza que nos rodea, les está vedada la posesión de la más ínfima parte de ella, parecen obstinados en hacer cuanto esté en sus manos para retardar, ya que el impedir es empresa que, felizmente, no hay sér humano capaz de acometerla, la llegada del momento feliz soñado por los que tienen los ojos puestos en la constitución de una sociedad verdaderamente emancipada, de una sociedad eminentemente humana, en la que no sea posible vislumbrar el más remoto vestigio de la maldita, de la asquerosa esclavitud, en su multiplicidad de aspectos, que es la denigrante característica del actual heterogéneo conglomerado de seres que constituye la que tan pomposamente llamamos sociedad humana.

No faltan, no, desgraciadamente, los retardatarios.

Y, fenómeno harto singular, estos inconscientes obstaculizadores del verdadero progreso de la humana estirpe son, precisamente, los que dicen luchar por la conquista de ese progreso.

Profunda pena nos causa el tener que decirlo, pero no tenemos más remedio que hacerlo, aunque sea tremendamente contristados: esos inconscientes retardatarios, esos desgraciados estancadores de la conciencia emancipadora y social del proletariado que lucha por la adquisición de su plena soberanía, son los llamados socialistas de Estado, los que encenagados en los bajos fondos de la mefítica política imperante, no se dan cuenta, no pueden darse cuenta de que su conciencia social—interprétese rectamente nuestra intención—va decreciendo a medida que va acentuándose su intervención, su malhadada intromisión en el mil veces digno de execración ambiente político.

Y entiéndase bien, pues nunca faltan espíritus suspicaces que se empeñan en ver lo que no existe, entiéndase bien, repetimos, que no tratamos de zaherir a nadie, y menos a quienes, al parecer, tan próximos se hallan, ideológicamente, a nosotros, como son los socialistas de la otra rama, pues tenemos la norma de conducta de no negar la buena fe y la rectitud de intención a nadie, por alejado que se halle de nosotros y de nuestra concepción acerca del transcendental problema social,—porque ya hemos convenido en que el ideal preconizado por el socialismo, sin distinción de matices, muy lejos de concernir exclusivamente a la clase social designada con el nombre de proletariado, afecta a la Humanidad en general, y de ahí su nombre de social.

Todos esos inconscientes obstaculizadores de la gran obra de la completa emancipación de todos los seres componentes de la humana estirpe, esto es, todos los que, desdeñando el verdadero camino, se lanzan en el torbellino sin fin de la nefanda política, son, y perdónesenos la franca sinceridad de que hacemos uso, unos perfectos enervadores de la conciencia social que late intensamente en el cerebro de la inmensa mayoría de los individuos integrantes del proletariado emancipador de nuestros días.

Y pese a todos los obstáculos, el triunfo no puede ser y no será de los enervadores.

¡Reflexionad, compañeros!

JUAN ECHAZARRETA

San Sebastián.

Postal...

Al aproximarse el 26 de julio recordamos con más intensidad de sublime arranque de humanidad que inmortalizó al noble obrero catalán. El supo ese día iniciar la marcha por el camino de la redención. El supo exponerse a las iras furiosas de locos gobernantes y dar su propia sangre por evitar se derramase la de otros. El cayó, aplastando en la derrota a sus vencedores, practicando el evangelio tan olvidado por los que más interés deberían tener en conservarlo, de *no matarás*.

Cualesquiera sea el grado de locura de los gobernantes y el espíritu de las leyes, oponerse a la guerra es digno de toda alabanza. Y por hacerse dignos de estos elogios se ametralló al pueblo catalán, se le envió a presidio y se le fusiló. Y tanto fué la locura de aquellos gobernantes y su instinto de perversidad, que se fusiló al que ninguna prueba de culpabilidad poseía, y al que después el más alto tribunal ha declarado inocente. Y, sin embargo, no se ha oído que sus asesinos indirectos se hayan suicidado ni muerto de vergüenza. Si yo fuese un Maura o un Lacierva y sobre mí pesara el fusilamiento de un Ferrer, me hubiera muerto de remordimiento o me hubiera retirado al monte entre víboras y fieras, única compañía que me perteneciera.

Y a monstruos así, que el zoólogo más eminente no podría clasificar, entrega España su dirección.

Pueblo catalán; el 26 de julio de 1909 te inmortalizaste con tu nobleza y coraje y te inmortalizaste a la vez, pero también Maura y Lacierva se inmortalizaron por verdugos y sanguinarios; pero la sombra de Ferrer les asusta.

F. ESCOLANO

Publicación de "El Hombre y la Tierra"

Se me ha informado de que, respondiendo a consultas de antiguos suscriptores de *El Hombre y la Tierra*, de Elíseo Reclus, —obra editada por la casa editorial «Publicaciones de la Escuela Moderna», fundada por el insigne Ferrer—, se ha lanzado la falsa noticia de que la obra quedó sin terminar, y que a última hora se había arreglado por el heredero de Ferrer una conclusión facticia, para salir del paso, engañando a los suscriptores.

Para restablecer la verdad y destruir los efectos que con tal mentira hayan querido obtenerse, me creo obligado a afirmar públicamente que la obra *El Hombre y la Tierra* quedó terminada e impresa antes de los sucesos de julio de 1909, aunque impedida la circulación de los últimos cuadernos por el cierre de la casa editorial.

Como prueba fehaciente, presento la siguiente carta:

«Barcelona 16 mayo 1909.

Sr. D. Anselmo Lorenzo.

Correspondo emocionado a su afectuoso saludo al terminar la revisión de *El Hombre y la Tierra*.

En la traducción española me ha correspondido bien mínima parte, pero recordaré siempre con agrado el haber tenido ocasión de colaborar con usted en este trabajo.

Hago votos porque la Naturaleza y la Ciencia le conserven la vida largo tiempo,